

ABRIL, Juan Carlos, *En busca de una pausa*, Valencia, Pre-Textos, colección La Cruz del Sur, 2018, 88 págs.

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

Juan Carlos Abril (Los Villares, Jaén, 1974), tras once años de silencio en forma de libro poético acaba de publicar en Valencia (Pre-Textos) *En busca de una pausa*, un libro meditado, bien construido, muy cohesionado y revelador de la gran calidad que la palabra poética de Abril ha llegado a alcanzar. Porque lo primero que se advierte ante la lectura de estos poemas (diecinueve en total, agrupados en cinco secciones) es que el poeta ha trazado en todos y cada uno de ellos fragmentos de su existencia y ha conseguido elevar a la categoría de la palabra poética, las experiencias de aconteceres que han ido forjando sus días. La serenidad y la meditación comparecen para marcar el sentido de estos poemas y fijar que estamos ante un poeta que se ha detenido a reflexionar, como muy bien se sugiere en el título del poemario: se está buscando una pausa para detener el tiempo y observar cómo la realidad se ha comportado hasta llegar al momento en que se produce esta conjunción de representaciones, tan bien cohesionadas, que constituyen el libro.

Los argumentos surgen de las propias palabras del poema y en las distintas composiciones asistimos a diferentes momentos de esa visión de la realidad en que ha convertido el conjunto del libro. Porque el poeta manifiesta ante todo su fe en la palabra, su pasión y su lealtad por la palabra escogida, encendida en el fondo del alma, que surge con cierto misterio hasta llegar a la claridad que supera un aparente hermetismo. Porque el poeta sabe que con la palabra se sobrevive a solas, y con ella se refleja la vida y la realidad sometidas a la presión de lo incomprensible. Juan Carlos Abril enhebra renunciadas y enfoca soledades pero también recrea espacios de pasión en mensajes que enriquecen significados en cada uno de los poemas, porque lo que al poeta le interesa es hallar, contar, recordar y sobrevivir por encima de la soledad y el desamparo.

Es la expresión de Juan Carlos Abril muy personal porque él mismo va creando su propio idioma que mantiene con fidelidad y cohesión, lo que otorga al libro en su conjunto



una envidiable solidez. Es su palabra muy rica, ennoblecida en multitud de símbolos cotidianos que generan significados innovadores, sorprendentes algunos, para encauzar pasiones profundas y regresar más allá de la realidad y, en ocasiones, configurar sensaciones desoladoras irrepetibles. Solo la metáfora dominada con rigor, pero con evidente generosidad, es capaz de establecer, en todo el conjunto, la hondura de un mensaje que nace bordeando lo irracional para establecer su propia cohesión definitiva, como construye también la que es su palabra poética singular y propia. Crea así Juan Carlos Abril un estilo suyo porque esa en la manera de aceptar que la realidad está forjando sus propias leyes en cada poema, aunque lo haga de forma unitaria. Y es que cada estancia es la representación de una pausa (importante palabra sin duda en este libro) en la que anotar vida y mostrar resultados.

Escribir para Juan Carlos Abril es también liberar universos dotados de memoria y surgidos de tiempos trascurridos. Memoria que queda prendida a gestos, a formas, a reacciones que contienen espejos de gozo y de desdicha. Los recuerdos dominan, en ocasiones, y trasportan espacios, temperaturas y calidades que no se han olvidado porque

afirman que lo sucedido profundizó hasta el presente y permanece en la palabra para eternizarse por encima del tiempo, ya que amor y pasión, entrevistados en alguna de estas composiciones, sobreviven al tiempo y quedan fijados en espacios donde hubo encuentro y luz. Y cuando llega la paz y se halla por fin el camino que se espera, el poema se extiende en vivencias que exaltan sentidos ebrios de pasión. Porque lo que tiene muy claro el poeta es que la poesía de la vida está en todos sus extremos, reside en los detalles y permanece por encima de la desolación y el abandono. El poeta renace porque su vida alcanza el sentido de la posesión. Es el momento de estar vivo para empezar de nuevo.

El lector comparte esencias, se sobrecoge ante tanta experiencia contenida en los poemas de ese libro y se integra en una lengua poética que sobrepasa con su libertad la prosa de la vida para mostrar que, por encima de todo, la palabra eterniza momentos. Por eso el poeta necesita de esa pausa que está ansiosamente buscando. Porque precisa tiempo para contener memoria y recuerdos. Y no es de extrañar que el último poema de este libro se titule, irónicamente sin duda, «Ave félix», porque la vida sigue y nunca empiezan y nunca acaban los días...

